

"Los trenes se van al Purgatorio"

Hernán Rivera Letelier (1950, Talca, Chile)
Otras Obras: La Reina Isabel cantaba rancheras,
Himno del Ángel parado en una pata.

La poesía de los primeros libros de Rivera Letelier aún se mantiene fresca y vital en este relato profundo y melancólico, en el que "la locomotora arrastra humeante, férrea, imponente por el desierto más triste del mundo", entre las abandonadas estaciones del desierto de Atacama.

Nos encontramos en el libro con un protagonista, Lorenzo Anabalcán, quien sube en el tren desde La Calera con destino a cualquier punto inabarcable del universo mítico y existencial en que se plantea el relato. En él toda una variopinta imagen de descorazonados personajes, respetables señoras, contrahechos enanos, predicadores y fantasmagóricos seres se mueven al vertiginoso vaivén de los vagones. Violentamente una mujer seductora y atractiva llamada Lucertina, quinceañera, consejera, astróloga y mentalista. Trae a la memoria de Lorenzo un recuerdo casi escueto, pero presente: el de Uberlinda. Linares, aquella mujer con quien escapó de los brazos de su esposo para aventurarse en la zona central y finalmente desaparecer sin dejar rastro. Ahora es sólo un retrato doloroso en la mente de Lorenzo y los ojos misteriosos de la adivina insisten en traerla a la memoria. Mientras tanto en el viaje, un salto a las profundidades de la existencia humana con sus peculiaridades y bondades, diversidad de personajes observarán un mismo paisaje inerte y rítmico. Zenobia Castillo y Amable Marcelino, un par de enamorados que intentan sublimar con el amor la miseria que los rodea; "la Ilusona", mujer que va en busca de su hijo muerto; el Cristo de Elqui, que predica y blasfema contra la hipocresía y la desidia; el anciano Audre con su dolor de muelas; el enano en busca del ciego que lo abandonó; la niña Flor María de los Cielos y su pollito muerto. Todos revelando el dramatismo y el caos de una vida anodina, desprotegida, injusta. El tren es sólo una metáfora del transcurso de tiempo y de la existencia humana; avanza, pero está en el mismo lugar (afuera pueblos fantasmas, soledad, destrucción y lejanía). Y mientras los personajes se bucean, se entretienen, se desahogan sus dolores, el Cuarenta y cinco se convierte en otra voz narrativa poderosa: la historia de Alma Basilio, la prostituta del pueblo Resurrección (otra metáfora simbolizada en la novela) que vive al amparo de un árbol que hace justicia contra su agresor y que revela sólo otro universo mágico en medio de la novela.

Sin embargo, la historia parece un apocalíptico universo dominicano, pero no lo es, porque los mismos personajes se encargan de demostrarlo ("viajar en tren supone un estulo como de crepúsculo, como crisálidas") y es el caso de Uberlinda, la espiritista, quien rebosa energía y generosidad y quien sorpresivamente entrega una visión poética y esperanzadora de la existencia: "para llegar a ser mariposa en esta vida, primero hay que cumplir la etapa de ser oruga, arrastrarse por la tierra, aprender a vivir la depredación de otros insectos, luego convertirse en crisálida, absolutamente indefensa, y hay que tener fe y sobreponerse; y sólo entonces, al final del ciclo se es digno de desplegar un par de alas y volar luminosa sobre las adversidades y penas de este mundo".

Patricio Tapia Astudillo



Presencia marista N° 9
Santiago, abril 2002

613482

AUTORÍA

Tapia Astudillo, Patricio

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Los trenes se van al purgatorio" [artículo] Patricio Tapia Astudillo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile